

## ORTEGA Y GASSET: UN PENSADOR PRE-POSTMODERNO ALTAMENTE FÉRTIL PARA LA PSICOLOGÍA POSTPOSITIVISTA DEL SIGLO XXI

ANASTASIO OVEJERO BERNAL  
*Universidad de Oviedo*<sup>1</sup>

### RESUMEN

A lo largo de las últimas décadas se están produciendo una serie de importantes cambios tecnológicos que están llevando a profundas modificaciones sociales y culturales. Como consecuencia de todo ello, el paradigma positivista, dominante tradicionalmente en psicología, está siendo percibido como trasnochado e ineficaz, por lo que son muchos los psicólogos que están volviendo los ojos a la vieja tradición alemana, historicista y hermenéutica, conformando así lo que ya se conoce con el nombre de *psicología posmoderna*. Pues bien, lo que se pretende mostrar en este trabajo es que en este nuevo contexto Ortega y Gasset nos puede ser altamente útil a los psicólogos españoles a causa de los numerosos e importantes elementos posmodernos en su pensamiento: perspectivismo, construccionismo, razón vital e histórica o razón narrativa. Todo ello le convierte a Ortega en un pensador altamente fértil para la construcción de una psicología post-positivista.

### ABSTRACT

During the last few decades there have occurred many important technological changes which are producing deep social and cultural modification. Consequently, the positivist paradigm, traditionally dominant in psychology, is beginning to be perceived these days as outdated and inefficient. Because of this, many psychologists are looking back to the old German historicist and hermeneutic tradition, which is building the

---

<sup>1</sup> Dirección: Anastasio Ovejero Bernal, Departamento de Psicología, Plaza Feijóo, s/n, 33003 - OVIEDO, Tfno. (985) 10 32 82, E-Mail: [tasio@correo.uniovi.es](mailto:tasio@correo.uniovi.es)

currently known as *posmodern Psychology*. So, what we would like to show in this paper is that, in this new context, Ortega y Gasset can be very useful for Spanish psychologists, because of the many important posmodern elements in his work: perspectivism, constructionism, vital and historical reason, or narrative reason. All of this make Ortega a highly fertile thinker on which to build a post-positivist Psychology.

## 1. INTRODUCCIÓN

Aunque se le atribuye erróneamente a W. Wundt la paternidad de la psicología experimental (véase Ovejero, 1994) y, en consecuencia, se coloca el origen de la psicología en 1879, coincidiendo con la apertura del laboratorio de Wundt en Leipzig, sin embargo creo que podemos decir que la psicología, tal como la conocemos ahora, es un producto eminentemente norteamericano, aunque con indiscutibles raíces europeas, que surgió hacia 1910-1920 y que lo hizo siguiendo la tradición positivista anglo-francesa entonces triunfante sobre la historicista alemana, como luego veremos mejor. De ahí que la psicología dominante haya sido durante todo este siglo esencialmente positivista y empiricista, paradójicamente cuando el positivismo estaba ya en crisis. En efecto, como señala Pinillos (1994), la psicología adoptó el paradigma positivista, sobre todo en los Estados Unidos, cuando éste empezaba a ser desechado incluso en las ciencias físicas (Planck, Heisenberg, etc.). Y ya en los años cincuenta, una de las épocas en las que más indiscutible fue la hegemonía positivista en psicología, nada menos que el conocido físico atómico Robert Oppenheimer (1956, p. 134) decía a los psicólogos, en una alocución ante la Asociación Americana de Psicología, que «el peor de todos los errores posibles que la psicología pudiera cometer sería dejarse influenciar y modelarse al estilo de *una física que ya no existe*, que está completamente transnochada». Pues bien, no parece que los psicólogos le hicieran mucho caso, hasta el punto de que incluso hoy día, en pleno año 2000, es la psicología positivista la que sigue predominando en nuestras universidades españolas, y no sólo en ellas.

Por otra parte, como sabemos, ese modelo positivista de que estamos hablando comenzó a entrar en crisis también en la psicología y en el resto de las ciencias sociales (psicología social, sociología, antropología, etc.) a partir de los años sesenta, como se observó, tal vez más que en ninguna otra disciplina, en la psicología social. Más específicamente, los ataques a la ciencia y a sus pilares básicos fueron devastadores tanto desde la filosofía (Feyerabend, 1962, 1965, 1975; etc.) como desde la sociología de la ciencia (Kuhn, 1962; Barnes, 1974, 1977; Bloor, 1976;

Latour y Woolgar, 1979, etc.). Como escribe Pinillos (1994, p. 69), «todo esto significó que la era del mecanicismo clásico había desaparecido en la segunda mitad de nuestro siglo. Gente como Kuhn y Feyerabend habían indicado los sesgos y limitaciones de *cualquier* paradigma científico (incluyendo, por supuesto, el newtoniano). Luego el modelo de ciencia asumido por la psicología moderna hace cien años, definitivamente se había perdido. En la segunda mitad de nuestro siglo estas alternativas científicas que aparecían eran por lo menos tan fiables como la mecánica newtoniana, y más abiertas que ésta a una psicología contemporánea de la complejidad. Sin embargo, por extraño que parezca, las nuevas oportunidades no suscitaron mucho interés entre los psicólogos, y la mayoría de ellos siguieron fieles a los preceptos del viejo paradigma: no finalidad, no introspección, y nada asociado con la filosofía, humanidades o las ciencias de la cultura en general. La cuestión es de alguna forma desconcertante». Y ello es aún más desconcertante al observar la tozudez de los psicólogos al querer seguir aplicando a su objeto, la naturaleza humana, un método que fue construido para otro tipo de objetos, la naturaleza física, cuando quienes estudian ese otro objeto ya desecharon tal método. Así, Prigogine, premio Nobel de Química de 1977, afirma que el paradigma científico clásico sólo se aplica a los casos más simples y menos interesantes del mundo, dejando fuera, de modo característico, al sujeto humano. Y es que, como escribe, nuevamente, Pinillos (1994, pp. 62-63), siguiendo aquí a Ortega, para quien el *el hombre no tiene naturaleza sino historia*, «al contrario que los animales, el hombre vive en un mundo histórico de cultura. Un mundo donde el significado, la consciencia, la finalidad, los juicios finales y de valor tienen un lugar que no es posible tener en una psicología considerada como una ciencia natural... En la consciencia no existen relaciones causales, existen relaciones significativas y simbólicas y reversibles entre las representaciones». En esta misma línea, señala el historiador italiano Carlo Ginzburg (1994, p. 163) que «la orientación cuantitativa y antropocéntrica de las ciencias de la naturaleza, desde Galileo en adelante, ha llevado a las ciencias humanas a un desagradable dilema: «o asumen un estatuto científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un estatuto científico fuerte, para llegar a resultados de escasa relevancia». De hecho, ya Lakatos había pronunciado la oración fúnebre sobre la «revolución del rigor» en ciencia y en filosofía, al afirmar que si dicha revolución exige que en el altar del rigor sacrifiquemos todo aquello que realmente nos interesa, ha llegado el momento de prestar más atención a lo que nos interesa, olvidando el rigor.

Pero lo que realmente sorprende es que tan pocos psicólogos, casi

siempre sociales, se hayan dado cuenta de ello. La razón de tal estado de cosas tal vez resida en que, como sostiene Feyerabend, las teorías científicas son mucho más que meras formas de organizar y ordenar los datos: realmente son formas de mirar el mundo. Y lo que cuesta es mirar el mundo de una forma muy distinta a como nos han enseñado a mirarlo y a como estamos acostumbrados a hacer. Sin embargo, cada vez son más los psicólogos, especialmente los sociales, que están empezando a mirar el mundo desde otras ópticas y a interpretarlo -es decir, a construirlo- de diferentes maneras a la que nos acostumbró la tradición positivista (Gergen, Sampson, Potter, Billig, Parker, Ibáñez, etc.).

Pero esta crisis de las ciencias sociales positivistas, que ahora ya está empezando a afectar al corazón mismo de la psicología, no es algo nuevo, sino que viene de muy atrás, en concreto del pensamiento alemán del siglo XIX (Dilthey, Husserl, Nietzsche, etc.) y que a la altura de 1913, cuando Husserl publica su *Ideen*, ya es un secreto a voces entre las principales vanguardias intelectuales y filosóficas europeas, sobre todo, evidentemente, en Alemania. Lástima que buena parte de las ciencias sociales, incluidas la psicología y principalmente en los Estados Unidos, hicieran oídos sordos a tales planteamientos críticos, de manera que tuviéramos que esperar prácticamente hasta este final de siglo para, con el pensamiento posmoderno arrasando, darnos cuenta de los tremendos inconvenientes que para las ciencias sociales, y especialmente para la psicología, tuvo -y sigue teniendo- el haber adoptado una perspectiva positivista y no haber sido capaces de descabalgarnos de ella a tiempo, para lo que Ortega y Gasset nos había proporcionado consejos muy útiles. Pues bien, lo que deseo mostrar en este trabajo es justamente que si hubiéramos seguido esos consejos que Ortega nos dio a lo largo de toda su vida, otro gallo nos hubiera cantado. De hecho, una de las principales contribuciones de Ortega fue justamente la de introducir en España algo que en Europa -y específicamente en Alemania- existía ya hacia 1900: *la crisis de los fundamentos de la ciencia*, es decir, de la ciencia positivista. Aunque la desconfianza de Ortega hacia tales fundamentos venía de atrás, de sus lecturas juveniles y apasionadas de Nietzsche, fue en 1913 cuando, al leer el citado libro de Husserl, perdió definitivamente la fe en la ciencia positiva, al menos en cuanto a su aplicación a las ciencias sociales en general y a la psicología en particular. No olvidemos que el filósofo madrileño comenzó su carrera académica, en 1908, a sus 25 años, como profesor precisamente de Psicología en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid. Más tarde, tras su lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger, extenderá esta desconfianza también a las propias ciencias físicas, con lo que, también él se adelanta

en cierta medida, al actual posmodernismo filosófico, de tal forma que si pudiera ser un tanto exagerado tildarle a Ortega de filósofo posmoderno, no me cabe la menor duda de que al menos sí le va a la medida el de *filósofo pre-posmoderno*. De hecho, cuenta Pinillos (1997, p. 136) que un día Laín Entralgo le dijo que tanto Scheler como Ortega eran auténticos pre-posmodernos. En una dirección similar, posteriormente Lyon (1996) también le califica de pre-posmoderno a Simmel, justamente un maestro fundamental de Ortega.

Pues bien, lo que aquí pretendo es mostrar algunas de las aportaciones del pensamiento orteguiano para la construcción de una nueva psicología, que, por tanto, sería profundamente crítica, como lo era Ortega, con la tradicional psicología positivista. Pretendo, en definitiva, analizar algunas de las similitudes de Ortega y Gasset con la actual psicología post-positivista y posmoderna y, sobre todo, mostrar los pasos en falso que nos hubiéramos ahorrado si hubiésemos seguido los consejos que a lo largo de su vida nos fue dando el meditador de El Escorial, ya desde uno de sus primeros libros, *Investigaciones psicológicas* (1915-1916) hasta el último, *El hombre y la gente* (1949-1950), póstumos ambos.

Pero también quisiera hacerme eco en este trabajo de los muchos inconvenientes que tiene una psicología social construida sobre pilares positivistas, dado que se ajusta poco, por no decir nada, a las características de nuestro objeto de estudio, por lo que definiendo una psicología abiertamente post-positivista y explícitamente construccionista. Pues bien, para las dos cosas, para construir una psicología post-positivista y construccionista, que a la vez pueda insertarse, sin demasiados chirridos, en nuestra propia realidad social, nada mejor que acudir a la obra de Ortega y Gasset. ¡Cuántos pasos en falso nos hubiéramos ahorrado si hubiéramos seguido sus consejos dos o tres décadas atrás, cuando la psicología social española comenzaba a dar sus primeros pasos! Pero aún estamos a tiempo, porque, como dice el viejo refrán, más vale tarde que nunca. Es más, ahora es un buen momento para analizar la obra de Ortega y sacar consejos útiles para nuestra disciplina, dado que ésta está atravesando una fase de desconcierto, llena de tensiones y conflictos, una fase nuevamente constitucional, tras la crisis que en los años setenta tan profundamente la afectó. Y como decía Ortega, es en esos momentos cuando más útil y hasta imprescindible les resulta a las ciencias particulares agarrarse a la brújula de la filosofía.

## 2. NECESIDAD DE UNA MAYOR RELACIÓN ENTRE FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA

El fracaso de la psicología proviene, según Ortega, principalmente de

dos hechos: primero, de haberse *independizado* de la filosofía ya en sus inicios, lo que siempre conlleva necesariamente problemas de constitución, y, segundo, de haber nacido en una época caracterizada por una atonía general en los intereses filosóficos de los científicos, lo que fue seguido también por los psicólogos. Pero dejémosle hablar a Ortega, pues lo que tan elegante, pero sobre todo lúcidamente decía en 1915-16, en sus *Investigaciones Psicológicas*, es increíblemente actual hoy, más de ochenta años después: «Pues bien, el fracaso de la psicología iniciada hacia 1860 procede, en definitiva, de que germinó en una época caracterizada por la paralización de la filosofía en el alma científica europea y nació en manos mal dotadas de esa fina habilidad filosófica a que acabo de referirme... El error radical de la psicología 'siglo XIX', que hoy empieza a ser generalmente reconocido, está en el punto mismo de partida, en la imprecisión con que se acota el territorio de los fenómenos psíquicos». Y eso es realmente gravísimo, pues como el propio Ortega apunta, «hay dos linajes de error en la ciencia: el error en la definición del problema y el error en la solución. De estos dos es aquél el más grave; pues fijado certeramente un problema, el error en su solución sólo puede ser parcial, y la labor científica no ha sido vana. Pero la insuficiencia en la visión del problema trae fatalmente una solución totalmente inservible, y hay que volver a empezar». Esto es lo que, al parecer, ha ocurrido en el caso de la psicología: quiso echar a andar al margen de la filosofía, lo que terminó en una disciplina fuerte con unos cimientos excesivamente endeble, de tal forma que por ejemplo en los años 50 la psicología social se había convertido en un enorme edificio, con miles y miles de datos y trabajos empíricos, con multitud de teorías, casi siempre de corto alcance, pero con muy débiles cimientos teóricos y epistemológicos. Los psicólogos en general y los psicólogos sociales en particular, sobre todo a partir de F. Allport (1924), al creerse tan científicos y tan alejados de la filosofía, no se dedicaron sino a sus instrumentales y laboratorios, descuidando totalmente la teoría y la metateoría de la disciplina. Por fuerza, ese crecimiento desmesurado convertiría, en estas circunstancias, a la psicología social en el «gigante de pies de barro» que inevitablemente entraría en una profunda crisis. Y entró en crisis por basarse en una noción equivocada, mecanicista, de hombre que consideraba a éste como algo exclusivamente biológico y fisiológico. Frente a ello proclamará Ortega con rotundidad que el hombre no tiene naturaleza sino historia. De ahí que se oponga frontalmente a la psicología fisiológica y a todo biologicismo en psicología. Pero no sólo es Ortega antibiologicista. También se opone al mecanicismo y al asociacionismo: «Yo creo superada en principio por la ciencia actual esa propensión mecanicista, y me

parece más fecunda una teoría psicológica que no atomiza la conciencia explicándola como mero resultado de asociaciones y disociaciones entre elementos sueltos. Vamos, en psicología como en biología general, a intentar un ensayo opuesto: partir del todo psíquico para explicar sus partes. No son las sensaciones -los átomos psíquicos- quienes pueden aclarar la estructura de la persona, sino viceversa: cada sensación es una especificación de Todo psíquico» (Ortega, 1926: *Vitalidad, alma, espíritu*, O.C., vol. 5, p. 452). Y añade algo más adelante (p. 455): «Los psicólogos del pasado siglo se propusieron exclusivamente hacer una física del alma, y por ello se interesaron sólo en descomponer ésta en sus elementos abstractos y genéricos. Las leyes de la asociación de ideas fueron el 'contraposto' de las 'leges motus' que la mecánica de Newton había instaurado. De esta manera se llegó a una psicología elemental, a una teoría de los elementos abstractos, no de los conjuntos concretos. Claro es que sin esa gigantesca labor sería hoy imposible dirigirse a mayores empresas. Pero ha llegado la hora oportuna para acometer éstas y formarnos una idea más total y compleja de la intimidad humana». Y por las mismas fechas (Ortega, 1925: *Sobre la expresión, fenómeno cósmico*, O.C., 2, 587-588) escribe algo que explicita las razones por las que él no puede ser positivista, al afirmar que «no son nuestras acciones lo que declara nuestro más auténtico ser, sino precisamente nuestros gestos y fisonomía. Con lo cual se nos plantea un grave problema antropológico, que nos lleva a preguntarnos: ¿Quién es en nosotros el verdadero e individual personaje?». Es más, decía poco antes (p. 586), «la hermandad radical entre alma y espacio, entre el puro 'dentro' y el puro 'fuera', es uno de los grandes misterios del Universo que más ha de atraer la meditación de los hombres nuevos. El error que ha cerrado la vía a su estudio fue buscar entre ambos una relación 'física', no advirtiendo que ello implicaba parcialidad por uno de los dos elementos. Se hablaba de 'mutuo influjo' entre alma y cuerpo, de acción psicofísica, de paralelismo entre alma y cuerpo. Esto era ver la cuestión desde una sola de las vertientes y condenarse al dilema entre espiritualismo y materialismo. Ahora vemos que más allá de estas formas de relacionarse alma y mundo hay entre ellos un nexo nada físico, un influjo irreal: la funcionalidad simbólica. El mundo como expresión del alma». De ahí, por ejemplo, la importancia de las emociones, que tan poco interesó a la psicología positivista.

En otro trabajo, publicado éste originalmente en 1924, y titulado *El origen deportivo del Estado* (O.C., vol. 7, p. 607), ya decía Ortega algo similar a lo que más tarde dirá Prigogine: «La verdad científica se caracteriza por su exactitud y el rigor de sus previsiones. Pero estas

admirables calidades son conquistadas por la ciencia experimental a cambio de mantenerse en un plano de problemas secundarios, dejando intactas las últimas, las decisivas cuestiones». Y añade (p. 608): «La 'verdad científica' es una verdad exacta, pero incompleta y penúltima, que se integra forzosamente en otra especie de verdad, última y completa, aunque inexacta, a la cual no habría inconveniente en llamar 'mito'. La verdad científica flota, pues, en mitología, y la ciencia misma, como totalidad, es un mito, el admirable mito europeo», lo que ya está muy relacionado con la psicología social o microsociología de la ciencia. Aquí mantiene Ortega una postura en parte similar a las actuales propuestas socioconstruccionistas, es decir, posmodernas.

En definitiva, si todo lo anterior es cierto, entonces estamos aún a tiempo de, por una parte, ir construyendo una psicología española sólida y sustantiva, sin caer en los errores de constitución propios de las ciencias «*independientes*» antes de tiempo, precozmente separadas de la madre filosofía, y, por otra parte, podríamos buscar en la filosofía una salida a la crisis de la psicología así como una solución constructiva a la misma. Y esa salida y esa solución podríamos encontrarlas en la filosofía de Ortega y Gasset, en concreto en su *perspectivismo* y en su *construccionismo*, lo que, además, podría ayudarnos a ir poniendo unos cimientos sólidos a una psicología genuinamente española aún por hacer.

Por último, no quisiera terminar este apartado sin insistir un poco más en el hecho de que Ortega se interesó por la psicología desde muy pronto, interés que nunca le abandonó. En efecto, además de que, como ya he dicho, comenzó su carrera académica como profesor de psicología, hay en muchos de sus escritos mucho contenido psicológico y sobre todo psicosociológico (véase Carpintero, 1984; Ovejero, 1992a, 1992b; Pinillos, 1983, 1984; Torregrosa, 1985, etc.). Es más, cuando a finales de los años veinte, en pleno período de constitución de la psicología como disciplina científica, se creó en Madrid el Instituto de *Orientación y Selección Profesional*, después llamado Instituto Nacional de *Psicología y Psicotecnia*, Ortega solía visitar su biblioteca con cierta asiduidad, de tal forma que Germain se atrevió a pedirle su colaboración, a lo que Ortega respondió, según dice Germain en sus memorias: «Con mucho gusto lo haría, me respondió él, pero tengo mucho trabajo por delante y no podría llegar a la psicología hasta los años sesenta y para entonces la psicología no será lo que ustedes hacen aquí: será una cosa más completa: no se quedará en el estudio del hombre aislado, sino que será en función de su entorno. Por lo tanto, la psicología social será la que más atraerá a los psicólogos sin que por ello los estudios del individuo no tengan su peculiar desarrollo». Esperanzadamente, confío en que Ortega sólo se equivocara en



unas décadas... Y es que, para Ortega, en el «yo soy yo y mi circunstancia», la circunstancia es en gran medida social y, antes de ello o a la vez, histórica.

### 3. EL ORTEGA POSMODERNO Y LA ACTUAL PSICOLOGÍA POST-POSITIVISTA

A primera vista puede parecer un auténtico sinsentido calificar a Ortega nada menos que de posmoderno. De ahí que cuando, en diciembre de 1992, presenté en Lisboa, en el marco del III Encuentro Hispano-Luso de Psicología Social, una comunicación sobre el perspectivismo orteguiano (Ovejero, 1992b), insistiendo en la existencia de algunas similitudes con el actual pensamiento posmoderno, el profesor F. Jiménez Burillo me respondió con contundencia, afirmando la imposibilidad de llamar posmoderno a un filósofo que, como Ortega, había sido un metafísico, cuyo principal afán era la búsqueda de la verdad. Ello produjo en mí una cierta incertidumbre, ya que no le faltaba razón a Jiménez Burillo: Ortega había sido ante todo un metafísico en perenne búsqueda de la verdad. Pero creo que tampoco me faltaba razón a mí: Ortega, en su búsqueda de la verdad, y a causa de la influencia que sobre él habían ejercido Nietzsche, primero, y Heidegger, después, había seguido un derrotero que me atrevería a llamar, eso sí, con comillas, «posmoderno». Me refiero fundamentalmente a su perspectivismo. Pero no sólo a él. Me refiero también a la razón vital y a la razón histórica. Me refiero a su construccionismo e incluso a su peculiar psicología social de la ciencia. Me refiero igualmente a su concepción del lenguaje y a su «razón narrativa».

En todo caso, mi incertidumbre fue menor cuando, año y medio después, durante el verano de 1994, leí el libro, entonces recientemente publicado, de Javier San Martín (1994), en el que también defendía la tesis de un Ortega hasta cierto punto posmoderno, incluyendo un capítulo, el sexto, con el explícito título de «Ortega, filosofía alemana y posmodernismo». Y más satisfactorio para mí ha sido igualmente leer la tesis doctoral de Martín Serrano (1995), en la que su autor muestra, a mi juicio sobradamente, la proximidad de Ortega a muchas de las tesis del actual posmodernismo. E incluso más recientemente Ricardo Sanmartín (1999) aproxima a Ortega a la antropología posmoderna de, por ejemplo, un Clifford Geertz. Y es que, como es sabido, Gianni Vattimo (1987) apunta, en mi opinión acertadamente, a Nietzsche y a Heidegger como los dos principales antecedentes o incluso pilares de la filosofía posmoderna. En consecuencia, pues, no debería extrañarnos en abso-

luto el posmodernismo de Ortega ya que es sobre estos mismos pilares sobre los que se asienta su filosofía.

En definitiva, a Ortega hay que enmarcarle, sin ningún tipo de discusión ni duda, en el marco de la fenomenología y de la hermenéutica. Ahora bien, tanto Ortega como Heidegger recorrieron caminos similares, de trayectoria claramente fenomenológica. Los dos partían de Husserl, pero los dos, de forma independiente, probablemente a causa de la influencia que en ambos ejerció Hartmann, huyen del idealismo husserliano, por idealista, aunque los dos se quedan el método fenomenológico, de tal forma que las siguientes palabras de Heidegger (1988, p. 76), también muestran el sentir de Ortega: «La tarea última consiste, así, en llegar de manera fenomenológica radical a los fenómenos, y éste es el camino que busca transitar la *hermeneutica de la facticidad*». De esta manera, el filósofo madrileño debería ocupar un lugar destacado no sólo en la más novísima filosofía sino también en las corrientes últimas de las ciencias sociales, entre ellas de la psicología social (etogenia, psicología social histórica, hermenéutica, enfoque sociohistórico, antropología interpretativa, etc.). «Aquí viene el interés de volver a pensar su adscripción, pues si se lo piensa como un hijo de la fenomenología, en la medida en que su fenomenología está profundamente aferrada a los fenómenos concretos de la vida humana e histórica, no puede menos de ser hermenéutica, con lo que estamos recuperando a Ortega para la más estricta contemporaneidad filosófica» (San Martín, 1994, p. 12). Es más, sus continuados intentos de *superación de la modernidad*, le aproximan ya, cuando menos en cierta medida, al actual posmodernismo, en el caso, por supuesto, de que no tomemos este término en sentido estricto, sino en un sentido muy lato. Al fin y al cabo, ni siquiera actualmente existe consenso sobre lo que realmente debemos entender por posmodernismo. En todo caso, una parte importante de la psicología postpositivista y construccionista actual, es decir, una parte importante de la llamada con frecuencia psicología posmoderna, pretende transitar por los senderos abiertos en su día por pensadores alemanes antipositivistas como Nietzsche, Husserl o Heidegger. Pues bien, lo que se pretende en este trabajo es, por una parte, mostrar la proximidad de Ortega y Gasset con tales autores, proximidad que es mayor de lo que suele creerse. Por otra parte, mi segunda intención es, en línea con lo anterior, explicitar la pertinencia de Ortega y Gasset para los psicólogos y psicólogos sociales de nuestro país que, desandando el camino abierto desde hace más de un siglo por la psicología tradicional, pretendan abrirse camino por la tradición alemana (historicista), derrotada en su día en el campo de las ciencias sociales por la tradición franco-británica (positivista), están intentando

construir una psicología post-positivista, historicista, construccionista y cultural. En efecto, tendencias no nuevas pero sí tan actuales como la psicología histórica, la psicología construccionista, la etogenia o la psicología de la acción, por no mencionar sino sólo las más relevantes, tienen en la obra del meditador de El Escorial un importante y valioso antecedente, sobre todo en trabajos como *Verdad y perspectiva* (1916), *El tema de nuestro tiempo* (1923), *La rebelión de las masas* (1930), y sobre todo casi toda su obra de la «segunda navegación», escrita tras leer *Ser y tiempo* de Heidegger (*En torno a Galileo*, 1933; *Guillermo Dilthey y la idea de la vida*, 1933-34; *Historia como sistema*, 1935; *Bronca en la Física*, 1937; *Miseria y esplendor de la traducción*, 1937 *Ideas y creencias*, 1940 y *El hombre y la gente*, 1949).

En conclusión, creo que es indiscutible el talante posmoderno de Ortega, hasta el punto de que, como sostiene San Martín (1994), toda la filosofía orteguiana, desde 1912, no es otra cosa que un intento de superar la Modernidad, primero desde la fenomenología de Husserl y luego, de forma ya más incisiva, desde la fenomenología hermenéutica de Heidegger, y siempre bajo el profundo impacto que en él tuvo Nietzsche. Es en ese intento profundo de Ortega por superar la Modernidad donde se encuentran sus elementos posmodernos, elementos que son los que justamente le hacen ser tan útil para la construcción de una psicología post-positivista, anti-mecanicista e incluso decididamente construccionista (véase Ovejero, en prensa).

Pero, como ya he dicho, estos elementos posmodernos en Ortega - que son más, de mayor importancia y más centrales en su pensamiento de lo que a menudo suele creerse- provienen de su formación alemana y en concreto de la ascendencia que sobre él tuvieron una serie de pensadores alemanes entre los que destacan Nietzsche, Simmel, Hartmann, Husserl o Heidegger, pensadores todos ellos básicamente historicistas y antipositivistas, de tal forma que para entender cabalmente a Ortega y para relacionar mejor su pensamiento y su obra con la nueva psicología es muy útil recordar antes las principales características de las dos más importantes corrientes o tradiciones en que se dividió la ciencia social del siglo XIX (Ibáñez, 1990):

a) *Tradicción franco-británica*: como una de las consecuencias de la Ilustración, durante los primeros años del siglo XIX fueron desarrollándose dos líneas con características similares, una en Inglaterra (el empirismo) y otra en Francia (el positivismo) que compartían una serie de rasgos coincidentes con lo que hoy denominaríamos «cientificismo» (fe ciega en la razón así como también en el progreso, la ciencia debe buscar leyes universales, el método científico tiene que ser el mismo para

todas las ciencias, sean éstas naturales o sociales, la ciencia y la filosofía deben estar tajantemente separadas, etc.). En esta línea se colocarán la psicología y la psicología social dominantes, científicistas y positivistas.

b) *Tradición alemana*: aunque a lo largo del siglo XIX las premisas y creencias de la Ilustración fueron generalizándose y siendo cada vez más dominantes, sin embargo hubo, sobre todo en Alemania, una serie de pensadores que, oponiéndose a los ideales de la Ilustración, inauguraron una manera diferente de ver a las ciencias y de abordarlas, sobre todo a las ciencias sociales, aunque su influencia fue durante muchas décadas bastante insignificante, mucho menor, en todo caso, que la ejercida por la tradición franco-británica. Sus rasgos centrales, oponiéndose frontalmente a los visto en la tradición anterior son los siguientes: historicismo, antimecanicismo a la hora de estudiar al ser humano, dado que éste es un ser activo y libre, etc. Esta tradición, que tiene su origen principalmente en Herder, incluye a autores de la talla de Fichte, Hegel, Schleiermacher, Nietzsche, etc., así como, ya en la época en que Ortega estudiaba en Alemania y que por ello le influyeron más directamente, a Dilthey (1833-1911), Simmel (1858-1918), Husserl (1859-1938), etc. En esta tradición se formará Ortega y Gasset, así como otros coetáneos suyos, con los que compartió tantas cosas, como Luckács o Heidegger, de tal forma que sólo podremos entender su pensamiento dentro de esta tradición cultural, que, como ya hemos dicho y como veremos mejor, es eminentemente alemana.

Es más, ya hemos dicho que de las dos tradiciones mencionadas, fue la primera, la franco-británica, la que realmente marcó, ¡y de qué manera!, la trayectoria de las ciencias sociales durante más de un siglo, de tal forma que tales ciencias sociales, tal como las conocemos, han sido esencial e indiscutiblemente racionalistas, positivistas y empiricistas. Pero han sido justamente estas ciencias sociales, y precisamente por ser racionalistas, positivistas y empiricistas, las que entraron en una profunda crisis durante los años 60 y 70 del presente siglo. Ese fue el caso, que conocemos bien, de la psicología social. Tal crisis de nuestra disciplina fue tan profunda que, como camino de salida de ella, se giró los ojos hacia la otra tradición, que no había quedado estancada en los siglos XVIII y XIX sino que, aunque minoritaria, también había ejercido una cierta influencia en las ciencias sociales -y entre ellas en la psicología y en la psicología social- del siglo XX (psicoanálisis, psicología fenomenológica, psicología existencialista, interaccionismo simbólico, etnometodología, etc.). Y desde este «giro antipositivista» se están recuperando -por circunscribirnos exclusivamente a nuestra disciplina- esas

otras psicologías sociales (interaccionismo simbólico, etnometodología etc.) así como proponiéndose una nueva psicología social que sería heredera de los ideales de la tradición alemana (etogenia, psicología social histórica, psicología discursiva, psicología hermenéutica, etc.) (véase Ovejero, 1999).

Es en este contexto en el que Ortega y Gasset adquiere una relevancia tal que, al menos a mi modo de ver, merece la pena hacer un esfuerzo no sólo para recuperar muchas de sus ideas, sino incluso para basar en tales ideas la construcción de una nueva psicología, que por fuerza será psicología social, de una psicología social que no caiga en los errores de la que hemos estado construyendo durante un siglo, que sea abiertamente post-positivista y post-empirista, y, en definitiva, posmoderna, al menos en el sentido de que se opone frontalmente a la Modernidad y a la Razón Moderna, así como a lo que ello significaba (creencia ciega en la razón absoluta, universalismo de los conocimientos y de los valores, fe en el progreso indefinido de la ciencia, etc.). Pues bien, también Ortega y su obra se incardinan esencialmente en una crítica radical de la Modernidad y del Racionalismo Ilustrado. De ahí que él se considerara a sí mismo «poco moderno y muy siglo XX». Ésa era, a mi juicio sin ninguna duda, una forma de tomar partido por la posmodernidad. Y es que Ortega era, si no un posmoderno, sí al menos un «pre-posmoderno», de forma que, como señala Martín Serrano, la tarea que Ortega cargó sobre sus espaldas fue la de esclarecer el cómo y el por qué del derrumbamiento del mundo moderno y la de poner las bases para una nueva cosmovisión que explicara de otra manera el comportamiento humano, la acción humana y las relaciones interpersonales y sociales, lo que nos lleva incluso a considerarle a Ortega un psicólogo social «pre-posmoderno», como se constata claramente en algunos de sus principales escritos, como *Ideas y creencias* o *El hombre y la gente*, y como creo haber mostrado en otro lugar (Ovejero, en prensa). No es por azar que, como he dicho, Ortega fue un filósofo formado en la Alemania de primeros de siglo, bajo la influencia, indirecta o directa, de autores como Nietzsche, Simmel, Hartmann, Husserl, Dilthey o Heidegger, justamente los autores que con mayor protagonismo dirigen, a veces a hurtadillas, la mayoría de las corrientes de la psicología social post-crisis. De ahí que el pensamiento de Ortega sea altamente aprovechable para la construcción de una nueva psicología, que sea abierta y explícitamente post-positivista, que sea, como exigía Ortega, cultural, histórica y hasta socioconstruccionista.

Por otra parte, para apreciar en sus justos términos lo que queremos decir cuando afirmamos que Ortega es un autor posmoderno, debería-



mos previamente aclarar qué entendemos en este contexto por *posmodernismo*, dado que estamos ante un concepto confuso, complejo y enormemente problemático, hasta el punto de que probablemente estemos refiriéndonos a fenómenos bien diferentes cuando aplicamos el adjetivo posmoderno a autores como Ortega, Baudrillard, Daniel Bell, Lyotard, Foucault, Gergen o Jameson (véase Anderson, 2000). Todos ellos tienen algo en común (una crítica radical a la Modernidad o al menos a algunas de sus características más definitorias), pero también hay muchas cosas que no comparten y que los separan, por lo que creo que sería conveniente, para evitar confusiones, utilizar términos diferentes para referirnos a fenómenos diferentes. Por ejemplo, pienso que sería muy clarificador no aplicar el mismo calificativo, «posmoderno», al posmodernismo neoconservador y al radical. Ahora bien, si, como hacen Hernández y Espinosa (1999, p. 9), entendemos por posmodernismo «un movimiento filosófico y cultural que pretende una feroz crítica a la modernidad», entonces Ortega es indiscutiblemente posmoderno, como hemos dicho: su perspectivismo, que a la fuerza lleva, mal que le pese a él mismo, al pluralismo de discursos y hasta al relativismo; su concepción del ser humano como un ser esencialmente cultural e histórico; su construccionismo, derivado de su teoría de las creencias, aunque no sólo de ella; su propuesta del método biográfico y del narrativo; la idea central de su pensamiento de que la razón no puede ser ya la razón absoluta de la Ilustración, sino que debe ser una *razón vital, histórica y narrativa*; etc. Con todo ello se adelanta Ortega a muchas de las más sólidas propuestas actuales para construir una psicología post-positivista y abiertamente posmoderna, como es, por ejemplo, la de Sampson (1991) o, más aún, la de Gergen (1973, 1992, 1996, 1999).

De hecho, y para terminar, recordaré las características que, a juicio de Tomás Ibáñez, tienen en común las diferentes propuestas postpositivistas y posmodernas que a lo largo de los últimos años se están haciendo en psicología (psicología crítica, psicología del discurso, psicología retórica, socioconstruccionismo, psicología hermenéutica, etc.), características que a poco que las analicemos podremos constatar que coinciden plenamente, casi punto por punto, con las de las propuestas que Ortega y Gasset fue haciendo a lo largo de su vida intelectual, sobre todo durante su «segunda navegación». En efecto, esas características vienen conformadas «por un *antipositivismo* contundente, por el reconocimiento del ser humano como '*agente*' parcialmente auto-determinado, por una sensibilidad particular hacia el carácter *histórico* o '*construido*' de las realidades psicosociales, por la centración sobre la importancia que representan el *lenguaje* y la *significación*, por la atención hacia la

*racionalidad práctica*, por el interés hacia los procesos concretos de la *vida cotidiana* y por la conciencia de las implicaciones de todo tipo que se desprenden a partir de la propia *reflexividad del conocimiento*» (Ibáñez, 1990, p. 208).

Y es que si la psicología y la psicología social son productos típicamente modernos, que nacen y se desarrollan con la Modernidad y que, junto con la escuela, la representan adecuadamente, con el hundimiento de la Modernidad y la llegada de una nueva época, la psicología y la psicología social deberían ser sustituidas por otros tipos de psicología que cumplan otras funciones diferentes a las que cumplió la tradicional y positivista. Es más, es que la psicología positivista cumplía más una función de control social (véase Álvarez-Uría, 1994; Fox y Prilleltensky, 1997; Ibáñez e Iñiguez, 1997; Prilleltensky, 1994; Wexler, 1983, etc.) que la de «marchar hacia la verdad» como nos hacían creer los positivistas. Y entre las posibles alternativas a esta psicología, pienso que la construccionista y posmoderna es altamente adecuada tanto a los tiempos que corren como, más importante aún, a su objeto: el ser humano como ser cultural e histórico. Pues bien, Ortega, en toda su obra, pero fundamentalmente tras su lectura de *Ser y tiempo*, supone una crítica profunda y radical a la Modernidad en la misma dirección por la que más tarde irían precisamente las propuestas posmodernas. Y es que Ortega, como filósofo del siglo XX que es, «hace patente en su filosofía la preocupación por los temas claves de especulación que durante este siglo han estado a la orden del día. Incluso podría decirse que su obra sólo puede entenderse en este marco: como búsqueda de una respuesta al problema fundamental de la filosofía contemporánea que no es sino el de la superación de la modernidad y su modelo de racionalidad mediante una crítica que ponga de manifiesto sus supuestos y mediante el establecimiento de una nueva manera de entender la razón y su papel en la vida humana y en la naturaleza en general. Esta línea de meditación filosófica procede del siglo XIX, fundamentalmente de la obra de Nietzsche, y atraviesa como un hilo conductor las principales corrientes de pensamiento de nuestro siglo: vitalismo, fenomenología, existencialismo, estructuralismo, hermenéutica, escuelas neomarxistas, etc., hasta llegar hoy día al *pensamiento posmoderno*» (Martín Serrano, 1995, p. 597). Y la superación de la Modernidad y de la Racionalidad Moderna la hará Ortega a través de su *razón vital* y de su *razón histórica*, es decir, a través de un proceso eminentemente posmoderno, que consiste precisamente en quitarle las mayúsculas a la Razón, y, ya con minúsculas, situarla históricamente entre nosotros los humanos. La verdad para Ortega es *perspectivista* y, por tanto, *relativa*, aunque este salto lógico ya no se

atreve a darlo el meditador de El Escorial.

En conclusión, Ortega es un pensador moderno que desea superar los límites de la Racionalidad Moderna, para lo que se convierte en posmoderno. De ahí que si en filosofía no podemos entender la posmodernidad sin la modernidad, tampoco podemos entender al Ortega posmoderno sin el Ortega moderno: las contradicciones y tensiones que laten dentro del pensamiento orteguiano entre el Ortega moderno y el Ortega posmoderno, laten también dentro de la propia posmodernidad. También en este sentido puede sernos útil el filósofo madrileño. Al fin y al cabo, y esto es fundamental, Ortega comparte con los autores posmodernos una misma interpretación de las dimensiones esenciales del pensamiento moderno.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (1994): *Las redes de la psicología: Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. Madrid: Libertarias/Prodhufi (original, 1986).
- Anderson, P. (2000): *Los orígenes de la postmodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Barnes, B. (1974): *Scientific knowledge and sociological theory*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Barnes, B. (1977): *Interests and the growth of knowledge*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Bloor, D. (1976): *Knowledge and social imagery*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Carpintero, H. (1984): Ortega y su psicología del hombre-masa, en J. Marías y cols. (Eds.): *Un siglo de Ortega y Gasset*, pp. 117-129. Madrid: Ed. Mezquita.
- Feyerabend, P. (1962): Explanation, reduction, and empiricism, *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, 3, p. 29.
- Feyerabend, P. (1965): Problems of empiricism. En Colodny (Ed.): *Beyond the edge of certainty*, pp. 145-260. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Feyerabend, P. (1975): *Against Method*, London: New Left Books.
- Fox, D. y Prilleltensky, I. (1997): *Critical Psychology: An Introduction*. Londres: Sage.
- Gergen, K.J. (1973): Social psychology as history, *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 309-320.
- Gergen, K. (1992): Toward a postmodern psychology, en S. Kvale (Ed.): *Psychology and postmodernism*, Londres: Sage.



- Gergen, K.J. (1996): *Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona: Paidós (original, 1994).
- Gergen, K.J. (1999): *An invitation to social construction*. Londres: Sage.
- Ginzburg, C. (1994): *Mitos, emblemas, indicios: Morfologías e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Heidegger, H. (1988): *De camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Hernández, A. y Espinosa, J. (Eds.)(1999): *Modernidad y Postmodernidad*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Ibáñez, T. (1990): *Aproximaciones a la Psicología Social*, Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. y L. Íñiguez (Eds.)(1997): *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- Kuhn, T.S. (1962): *The structure of scientific revolutions*, Chicago: University of Chicago Press (Trad. cast., *La estructura de las revoluciones científicas*. México: F.C.E., 1970).
- Latour, B. y Woolgar, S. (1991): *La vida en el laboratorio: La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza (original, 1979).
- Lyon, D. (1996): *Postmodernidad*, Madrid: Alianza.
- Martín, F.J. (1999): *La tradición velada: Ortega y el pensamiento humanista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martín Serrano, M. (1995): *Crítica de la razón dialéctica en Ortega*. Tesis Doctoral no publicada. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Oppenheimer, R. (1956): Analogy in science, *American Psychologist*, 11, 127-135.
- Ortega y Gasset, J. (1983): *Obras Completas*. 12 vols. Madrid: Alianza.
- Ovejero, A. (1992a): Algunas consideraciones sobre la psicología social de Ortega, *Interacción Social*, 2, 85-108.
- Ovejero, A. (1992b): El perspectivismo de Ortega y el enfoque sociohistórico en *Psicología Social*, *III Encontro Luso-Espanhol*, Lisboa, Diciembre de 1992.
- Ovejero, A. (1994): Wilhelm Wundt, ¿fundador de la psicología experimental no social o de la psicología social no experimental?, *Revista de Historia de la Psicología*, 15, 123-150.
- Ovejero (1999): *La Nueva Psicología Social y la actual Postmodernidad: Raíces, constitución y desarrollo histórico*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Ovejero (en prensa): *Ortega y la Postmodernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pinillos, J.L. (1983): Las investigaciones psicológicas de Ortega, *Teorema*, 18, 495-503.
- Pinillos, J.L. (1984): Ortega y la psicología. *Campus* (Universidad de Alicante), 3/4, 37-44.
- Pinillos, J.L. (1994): El segundo frente de la psicología científica. *Papeles*

*del Psicólogo*, 59, 57-63

- Pinillos, J L (1997) *El corazón del laberinto: Crónica del fin de una época*. Madrid: Espasa Calpe.
- Prilleltensky, I (1994) *The Morals and Politics of Psychology: Psychological Discourse and the Status Quo*. Albany: State University of New York Press
- Sampson, E E (1991) *Social worlds, personal lives: An introduction to social psychology*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich.
- San Martín, J (1994) *Ensayos sobre Ortega*, Madrid: UNED.
- Sanmartin, R (1999) *Valores culturales*. Granada: Editorial Comares.
- Torregrosa, J R (1985) Ortega y la psicología social histórica, *Revista de Psicología Social*, O, 55-63
- Vattimo, G (1987) *El fin de la modernidad: Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*, Barcelona: GEDISA (original italiano: 1985).
- Wexler, Ph (1983) *Critical Social Psychology*, Boston: Routledge y Kegan Paul